



HISTORIA DEL IMPERIO RUSO

BAJO EL REINADO DE PEDRO EL GRANDE

Voltaire

«En los primeros años del siglo en que nos hallamos, el vulgo no conocía en el Norte más héroe que Carlos XII. Su valor personal, más propio de un soldado que de un rey, y el esplendor de sus victorias —e incluso de sus derrotas— impresionaban a todos, cuyos ojos se fijan con facilidad en estos grandes acontecimientos, y no ven las labores largas y útiles. Los extranjeros dudaban entonces incluso de que las empresas del zar Pedro el Grande pudieran sostenerse; han subsistido y se han perfeccionado, especialmente bajo la emperatriz Isabel, su hija. Ese imperio se cuenta hoy en día entre los estados más florecientes, y Pedro está al nivel de los más grandes legisladores. Aunque, desde el punto de vista de los sabios, sus empresas no tuvieran necesidad de triunfar, sus éxitos han afirmado por siempre su gloria. Hoy en día se considera que Carlos XII merecería ser el primer soldado de Pedro el Grande. El primero no ha dejado más que ruinas, el otro es un fundador en toda regla. Osé mantener casi la misma opinión hace treinta años, cuando escribí la Historia de Carlos. Las memorias que me suministran hoy sobre Rusia me ponen en la situación de dar a conocer este imperio, cuyos pueblos son tan antiguos, y en el que las leyes, las costumbres y las artes son de nueva creación».

Voltaire

Nota de la traductora

En la versión original de Voltaire los nombres de los personajes y lugares rusos se hallan transcritos al francés. A la hora de traducir se ha recurrido al original ruso y se ha transcrito directamente al español, con excepción de los términos que ya cuentan con una versión española. Al no existir en español un criterio único aceptado para la transcripción del cirílico, habitualmente coexisten diferentes variantes ortográficas de una misma palabra; en tales casos se ha optado por la versión más cercana al original, o por la más extendida en caso de haber gran diferencia de aceptación entre unas y otras.

Por otra parte, como señala el propio Voltaire, el desconocimiento del Imperio Ruso era muy grande en la época, y la relación cultural había sido nula o muy escasa; tampoco existía aún en francés un criterio establecido para la transliteración del alfabeto cirílico al latino. Por todo ello en ocasiones se da una vacilación, y el mismo nombre aparece escrito de diferentes maneras a lo largo del libro; por ejemplo el patronímico Fiódorovich aparece transcrito como «Fedorovits» o como «Foedorovitz»; el príncipe Romodanovski aparece mencionado como «Romadonouski» «Romadanosky» y «Romadonoski». En dichas situaciones se ha unificado la grafía.

En contadas ocasiones Voltaire escribe un nombre en su versión francesa y añade una nota al pie con una versión más cercana al ruso. Dado que en todo el libro los nombres han sido transcritos sistemáticamente del ruso, éstos también lo han sido, prescindiendo por tanto de dichas notas.

Por ejemplo el zar Iván III Vasílievich es nombrado por Voltaire Ivan Basilovis. El autor añade la siguiente nota al pie: «En ruso, Iwan Wassiliewitsch». Al transcribir el nombre directamente del ruso, dicha nota resulta innecesaria en la lectura; sin embargo reproducimos aquí las notas de Voltaire omitidas:

Iván Vasílievich; escrito por V.: Ivan Basilovis; NOTA: «en ruso, Iwan Wassiliewitsch».

Voróniezh; escrito por V.: Véronise; NOTA: «En Rusia se escribe y se pronuncia Voronesteh».

Irtish; escrito por V: Irtis; NOTA: «en ruso, Istisch».

Romanov; escrito por V.: Romano; NOTA: «Los rusos lo escriben Romanow; los franceses no emplean la W; se pronuncia también Romanof».

Matvéyev; escrito por V.: Maffeu; NOTA: «O bien Matheof, en nuestra lengua es Matthieu».

Sheremétiev; escrito por V: Sheremeto (en el tomo II Sheremetof); NOTA: «Sheremetow, o Sheremetof, o, siguiendo otra ortografía, Czeremetoff».

Vabich; escrito por V: Vabis; NOTA: «en ruso, Bibitsch».

Mogilev; escrito por V: Mohilo; NOTA: «en ruso, Mogilev».

Sozh; escrito por V: Sossa; NOTA: «en ruso, Soeza».

En cuanto a los nombres de pila de personajes de la nobleza (Carlos XII de Suecia, Federico I de Prusia, Pedro el Grande, etc.), en general se han traducido al español, siguiendo la costumbre establecida, y siguiendo también a Voltaire, que los traduce al francés.



Prefacio histórico y crítico

I

Cuando, a principios del siglo en que nos hallamos, el zar Pedro ponía los cimientos de Petersburgo —o más bien de su imperio—, nadie preveía su éxito. Aquel que hubiera imaginado entonces que un soberano de Rusia podría enviar estandartes victoriosos a los Dardanelos, subyugar Crimea, expulsar a los turcos de cuatro grandes provincias, dominar el Mar Negro, instaurar la Corte más brillante de toda Europa y hacer florecer todas las artes en medio de la guerra, aquel que lo hubiera dicho no habría sido considerado más que un visionario.

Pero más fehacientemente visionario es el escritor que predijo, en 1762, en no sé qué contrato social o insocial, que el Imperio de Rusia iba a desmoronarse. Dice textualmente: «Los tártaros, súbditos o vecinos suyos, se convertirán en sus soberanos y en los nuestros: es algo que me parece infalible»^[1].

Extraña manía es la de un pícaro que se dirige a los soberanos como su señor, y que predice infaliblemente la próxima caída de los imperios desde el fondo del tonel desde el que predica, el cual cree que perteneció a Diógenes antes que a él. Los sorprendentes progresos de la emperatriz Catalina II y de la nación rusa son una prueba bastante rotunda de que Pedro el Grande construyó sobre unos cimientos firmes y duraderos.

Es incluso, de todos los legisladores desde Mahoma, aquel cuyo pueblo más se ha destacado después de él. Los

rómulos y los teseos distan mucho de estar a su altura.

Una prueba muy hermosa de que todo lo que hay en Rusia se debe a Pedro el Grande es lo que ocurrió en la ceremonia de Acción de Gracias ofrecida a Dios en la catedral de Petersburgo, según la costumbre, con motivo de la victoria del príncipe Orlov, que incendió toda la flota otomana en 1770. El predicador, llamado Platón —y digno de ese nombre—, se bajó en medio de su discurso del púlpito desde el que hablaba, fue hasta la tumba de Pedro el Grande y, abrazando la estatua de ese fundador, dijo: «Tú eres el que ha logrado esta victoria, tú fuiste quien construyó el primer barco en nuestro país, etc., etc.» Esta anécdota, que ya hemos referido en otros lugares, y que encandilará a la más lejana posteridad, es, junto con la conducta de muchos oficiales rusos, un ejemplo de lo sublime.

El conde de Shuvalov, chambelán de la emperatriz Isabel y quizás el hombre más instruido del imperio, tuvo a bien, en 1759, hacer llegar al historiador de Pedro los documentos auténticos necesarios; no hemos escrito más que en base a ellos.

II

Existen entre el público varias supuestas *Historias de Pedro el Grande*. La mayoría de ellas han sido compuestas a partir de gacetas. La impresa en Ámsterdam en cuatro volúmenes, firmada con el nombre de «boyardo Nestesuranoj», es uno de esos fraudes tipográficos harto comunes. Lo son igualmente las *Memorias de España* suscritas por Don Juan de Colmenar y la *Historia de Luis XIV*, compuesta por el jesuita La Motte en base a las supuestas memorias de un ministro atribuidas a La Martinière. Lo son la *Historia del príncipe Eugenio*, la del conde de Bonneval y tantas otras.

De esta manera se ha puesto el arte de la imprenta al servicio del más despreciable de los comercios. Una librería de Holanda encarga un libro como un manufacturero encarga la fabricación de paños. Y, desgraciadamente, existen escritores a los que la necesidad fuerza a vender sus penas a estos mercaderes, como obreros a sueldo. De ahí todos esos panegíricos y libelos difamatorios que abruman al público: es uno de los vicios más vergonzosos de nuestro siglo.

Nunca la Historia tuvo tanta necesidad de pruebas auténticas como en nuestros días, en los que se trafica tan insolentemente con la mentira. El autor que ofrece al público la *Historia de Rusia bajo el reinado de Pedro el Grande* es el mismo que escribió hace treinta años la *Historia de Carlos XII*, basada en las memorias de varios personajes públicos que habían vivido mucho tiempo junto a dicho monarca. La presente Historia es una confirmación y un complemento de la primera.

Nos creemos obligados aquí, por respeto al público y a la verdad, a poner al día un testimonio irrecusable que mostrará la credibilidad que hay que acordarle a la *Historia de Carlos XII*. No hace mucho, el rey de Polonia, duque de Lorena, se hacía leer esa obra en Commercy; le chocó tanto la veracidad de tantos hechos de los que había sido testigo, y lo indignó tanto el atrevimiento con el que se rebatieron en algunos libelos y periódicos, que quiso reforzar mediante su testimonio la credibilidad que merece el historiador; y no pudiendo escribirlo él mismo, ordenó a uno de sus oficiales mayores la redacción de un acta auténtica.

Ese acta, enviada al autor, le causó una sorpresa tanto más grata por venir de un rey tan instruido en esos acontecimientos como el mismo Carlos XII, y que de hecho es conocido en Europa tanto por su amor a la verdad como por su beneficencia.

Tenemos también multitud de testimonios igualmente auténticos sobre la *Historia del siglo de Luis XIV*^[2], obra no

menos verídica ni importante, imbuida de amor por la patria, pero en la cual ese espíritu de patriotismo no ha restado nada a la verdad, y no ha exagerado el bien ni disfrazado el mal; se trata de una obra compuesta sin buscar interés alguno, sin temor y sin esperanza, por un hombre cuya situación exime de adular a nadie.

Hay pocas citas en *El siglo de Luis XIV*, ya que los acontecimientos de los primeros años son conocidos de todos y sólo había necesidad de ponerlos al día, y de los últimos acontecimientos ha sido testigo el autor. Por el contrario, siempre se cita la fuente en la *Historia del Imperio de Rusia*, y el primero de esos testigos es el propio Pedro el Grande.

III

No nos hemos afanado en esta *Historia de Pedro el Grande* en buscar en vano el origen de la mayoría de los pueblos que componen el inmenso Imperio de Rusia, desde Kamchatka hasta el Mar Báltico. Es extraña empresa el querer probar con documentos auténticos que los hunos vinieron en tiempos lejanos del norte de la China, en Siberia, y que los propios chinos son una colonia de los egipcios. Sé que filósofos de gran valía han creído ver algunas conformidades entre estos pueblos, pero se ha abusado de sus dudas; se ha querido convertir en certidumbres sus conjeturas^[3].

He aquí, por ejemplo, de qué manera se demuestra hoy en día que los egipcios son los padres de los chinos. Un anciano ha contado que el egipcio Sesostris fue hasta el Ganges, y si fue hacia el Ganges, bien pudo ir a la China, que está muy lejos del Ganges; luego fue. La China entonces no estaba poblada en absoluto; luego está claro que Sesostris la pobló. Los egipcios en sus fiestas encienden candelas, los chinos tienen linternas; luego no se puede dudar de que los chinos sean una colonia de Egipto. Además, los

egipcios tienen un gran río, los chinos también; por último es evidente que los primeros reyes de la China llevaron nombres de antiguos reyes de Egipto, puesto que en el apellido Yu se pueden encontrar caracteres que ordenados de otro modo forman la palabra Menes. Luego es incontable que el emperador Yu tomó su nombre de Menes, rey de Egipto, y el emperador Ki es evidentemente el rey Atoes, cambiando la «k» por «a», y la «i» por «toes».

Pero si un sabio de Tobolsk o de Pekín hubiera leído alguno de nuestros libros, podría probar de una manera más demostrativa que venimos de los troyanos. He aquí cómo podría hacerlo, y cómo asombraría a su país con sus averiguaciones. Los libros más antiguos, diría, y los más respetados en el pequeño país de Occidente llamado Francia, son los romanos: están escritos en una lengua pura, derivada de los antiguos romanos, que nunca han mentido. Y más de veinte de esos libros auténticos declaran que *Francus*, fundador de la monarquía de los francos, era hijo de Héctor; el nombre de Héctor se ha conservado desde entonces en la nación, e incluso en este siglo, uno de sus generales más grandes se llamaba Héctor de Villars.

Las naciones vecinas han reconocido tan unánimemente esta verdad, que Ariosto, uno de los italianos más sabios, reconoce en su «Roland» que los caballeros de Carlomagno combatían por el casco de Héctor. Por último, una prueba irrefutable es que los antiguos francos, para perpetuar la memoria de los troyanos, sus padres, fundaron una nueva ciudad de Troya en Champaña; y estos nuevos troyanos han conservado siempre tal aversión por los griegos, sus enemigos, que no hay hoy en día ni cuatro de esos champañeses que quieran aprender el griego; ni siquiera han querido nunca acoger jesuitas en su región, y se debe probablemente a que habían oído decir que algunos jesuitas explicaban antiguamente Homero a sus jóvenes estudiantes.

Con seguridad tales razonamientos causarían un gran efecto en Pekín y en Tobolsk. Pero otro sabio echaría abajo el edificio probando que los parisinos descienden de los griegos, pues, diría, el primer presidente de un tribunal de París se llamaba Achille Du Harlai. Ciertamente, Achille proviene del Aquiles griego, y Harlai viene de Aristos, cambiando «istos» por «lai». Los Campos Elíseos que están a las puertas de la ciudad y el monte Olimpo que se puede ver cerca de Mézières son monumentos frente a los que la más firme incredulidad se doblega. De hecho, todas las costumbres de Atenas se conservan en París: se juzgan las tragedias y las comedias con la misma ligereza con que lo hacían los atenienses; los generales del ejército son coronados en teatros como en Atenas; por último, el mariscal De Saxe recibió de manos de una actriz una corona que nunca le hubieran dado en una catedral. Los parisinos tienen Academias que provienen de las de Atenas, una Iglesia, una liturgia, parroquias, diócesis, todas ellas invenciones griegas, palabras del griego; las enfermedades de los parisinos son griegas, *apoplexia*, *ptísis*, *perineumonía*, *caquexia*, *disentería*, *celos*, etc. Hay que reconocer que ese mismo sentimiento haría que se tambalease la autoridad del sabio que había demostrado antes que somos una colonia troyana. Estas dos opiniones aún serían combatidas por otros serios estudiosos de la Antigüedad; unos harían ver que somos egipcios, visto que el culto a Isis se estableció en el pueblo de Issy, entre París y Versalles. Otros probarían que somos árabes, como testimonian las palabras *almanaque*, *alambique*, *álgebra*, *almirante*. Los sabios chinos y siberianos tendrían grandes dificultades para decidir, y por fin nos dejarían simplemente como lo que somos.

Parece que hay que atenerse a esta incertidumbre sobre el origen de las naciones. Ocurre con los pueblos lo mismo que con las familias: varios barones alemanes aseguran descender por línea directa de Arminius; se compuso para Mahoma una genealogía según la cual desciende de

Abraham y de Agar. Del mismo modo, los antiguos zares de Rusia proceden de Bela, rey de Hungría; Bela de Atila, Atila de Turck, padre de los hunos, y Turck era hijo de Jafet. Su hermano Rus fundó el trono de Rusia; otro hermano llamado Cam estableció su poderío hacia el Volga. Todos los hijos de Jafet eran, como todo el mundo sabe, nietos de Noé, cuyos tres hijos fueron rápidamente a establecerse a miles de leguas los unos de los otros, por miedo a ayudarse mutuamente, y probablemente hicieron con sus hermanas millones de habitantes en pocos años.

Muchos personajes serios han seguido exactamente estas filiaciones, con la misma sagacidad con la que han descubierto que los japoneses poblaron el Perú. La Historia se ha escrito durante mucho tiempo en este estilo, que no es el del presidente De Thou y ni el de Rapin de Thoiras.

IV

Si hay que estar en guardia frente a los historiadores que se remontan a la Torre de Babel y al diluvio, no hay que estarlo menos frente a los historiadores que detallan toda la Historia Moderna, que se adentran en todos los secretos de los ministros, que desgraciadamente ofrecen la relación exacta de todas las batallas cuyos generales con dificultad hubieran podido rendir cuenta.

Desde el comienzo del nuevo siglo, han tenido lugar en Europa cerca de doscientos grandes combates, la mayoría de ellos más mortíferos que las batallas de Arbelas y de Farsala; pero muy pocos han tenido grandes consecuencias, por ello se han perdido para la posteridad. Si no hubiera más que un libro en el mundo, los niños sabrían de memoria todas sus líneas, se contarían todas sus sílabas; si no hubiera más que una batalla, el nombre de cada soldado sería conocido, y su genealogía pasaría a la posteridad. Pero en esta larga sucesión de guerras sangrientas a las

que se libran los príncipes cristianos, todos los antiguos intereses han cambiado, eclipsados por los nuevos. Las batallas de hace veinte años son olvidadas a favor de las de hoy en día. Como en París las noticias de ayer son ahogadas por las de hoy, y éstas a su vez por las de mañana, y casi todos los acontecimientos se empujan los unos a los otros hacia el eterno olvido. Es una reflexión que no se hace a menudo. Sirve para aplacar las desgracias que se sufren, muestra la insignificancia de las cosas humanas. Sólo restan para fijar la atención de los hombres las asombrosas revoluciones que han cambiado las costumbres y las leyes de los grandes Estados. Y es por este motivo por lo que la historia de Pedro el Grande merece ser conocida.

Si nos hemos extendido en exceso en algunos detalles de combates y de la toma de ciudades que se parecen mucho a otros combates y a otros sitios, nos disculpamos ante el lector filósofo; no tenemos más excusa que la de que esos pequeños hechos están ligados a los grandes y, por lo tanto, están necesariamente unidos.

Hemos refutado a Norberg en los casos que nos parecen más importantes, y lo hemos dejado errar impunemente en los detalles.

V

Hemos hecho la historia de Pedro el Grande más breve y completa que hemos podido. Hay historias de pequeñas provincias, de pequeñas ciudades, de abadías e incluso de monjes, en varios volúmenes in folio; las memorias de un abad retirado varios años en España, donde no hizo prácticamente nada, ocupan siete tomos; uno sólo ha bastado para la vida de Alejandro.

Es posible que haya aún hombres-niños que prefieran las fábulas de los Osiris, los Bacos, los Hércules, los Teseos consagrados por la Antigüedad, a la historia real de un

príncipe moderno, ya sea porque los nombres antiguos de Osiris y Hércules deleitan más al oído que el de Pedro, ya sea porque los gigantes y los leones abatidos agradan más a una imaginación débil que las leyes y las empresas útiles. Sin embargo, hay que reconocer que la derrota del gigante de Epidauro y del ladrón Sinnis, y el combate contra la trucha de Crommion, no se pueden igualar a los logros del que venció a Carlos XII, el fundador de Petersburgo, el legislador de un imperio temible.

Los antiguos nos han enseñado a pensar, es cierto. Pero sería extraño preferir al escita Anacarsis por ser antiguo, al escita moderno^[4], que ha civilizado a tantos pueblos. No vemos que el legislador de Rusia tenga que inclinarse ante Licurgo y Solón. Las leyes del primero, que recomiendan el amor por los muchachos a los burgueses de Atenas y se lo prohíben a los esclavos, y las leyes del segundo, que ordenan a las muchachas combatir desnudas a golpes en la plaza pública, ¿son acaso preferibles a las leyes de aquel que ha formado a los hombres y a las mujeres en la sociedad, que ha creado la disciplina militar en tierra y mar, que ha abierto su país al desarrollo de todas las artes?

Esta Historia contiene su vida pública, la que ha sido útil, y no su vida privada, sobre la que no hay más que algunas anécdotas, bastante conocidas de hecho. No es en absoluto asunto de un extranjero el desvelar los secretos de su gabinete, de su dormitorio y de su mesa. Si alguien hubiera podido ofrecer esas memorias, habría sido un príncipe Ménshikov, un general Sheremétiev, que lo vieron tanto tiempo en la intimidad; ellos no lo hicieron, y todo lo que hoy en día no se basa más que en habladurías, no merece ningún crédito. Las personas de espíritu honesto prefieren ver a un gran hombre trabajar veinticinco años por el bien de un vasto imperio, a conocer de manera bastante incierta lo que ese gran hombre tiene en común con el vulgo de su país.

VI

Si no se trata más que de estilo, de crítica, de pequeños intereses de autor, hay que dejar ladrar a los escritorillos de folletos. Nos volveríamos casi tan ridículos como ellos, si perdiéramos el tiempo en contestarles, o incluso en leerlos. Pero, cuando se trata de hechos importantes, en ocasiones es necesario que la verdad se rebaje a contestar para confundir las mentiras de hombres despreciables; su oprobio no debe impedir que la verdad se explique, de igual modo que la bajeza de un criminal perteneciente a la escoria del pueblo no impide que la justicia actúe contra él. Es por este doble motivo por lo que nos hemos visto obligados a silenciar al culpable ignorante que había corrompido la *Historia del siglo de Luis XIV* mediante notas tan absurdas como calumniosas, en las que ultrajaba brutalmente a una rama de la casa de Francia y a toda la casa real de Austria, así como a cien familias ilustres de Europa cuyas antecámaras le eran tan desconocidas como los hechos que osaba falsificar.

Un gran inconveniente ligado al arte de la imprenta es la triste facilidad que tiene para publicar imposturas y calumnias.

Tanto el sacerdote Le Vassor como el jesuita La Motte, el uno mendigo en Inglaterra y el otro en Holanda, escribieron Historia para ganarse el pan: uno escogió como objeto de su sátira al rey de Francia Luis XIII, y el otro tomó como objetivo a Luis XIV. Su calidad de apóstatas no debería propiciarles el crédito público; sin embargo, es un placer ver con qué confianza ambos anuncian hallarse en posesión de la verdad, repitiendo sin cesar esta máxima: que hay que osar decir todo lo que es cierto. Deberían añadir que hay que empezar por estar instruido en ello. Su máxima, en boca de ellos, es su propia condena; pero la máxima en sí misma bien merece ser examinada, puesto que se ha convertido en la excusa de todas las sátiras.